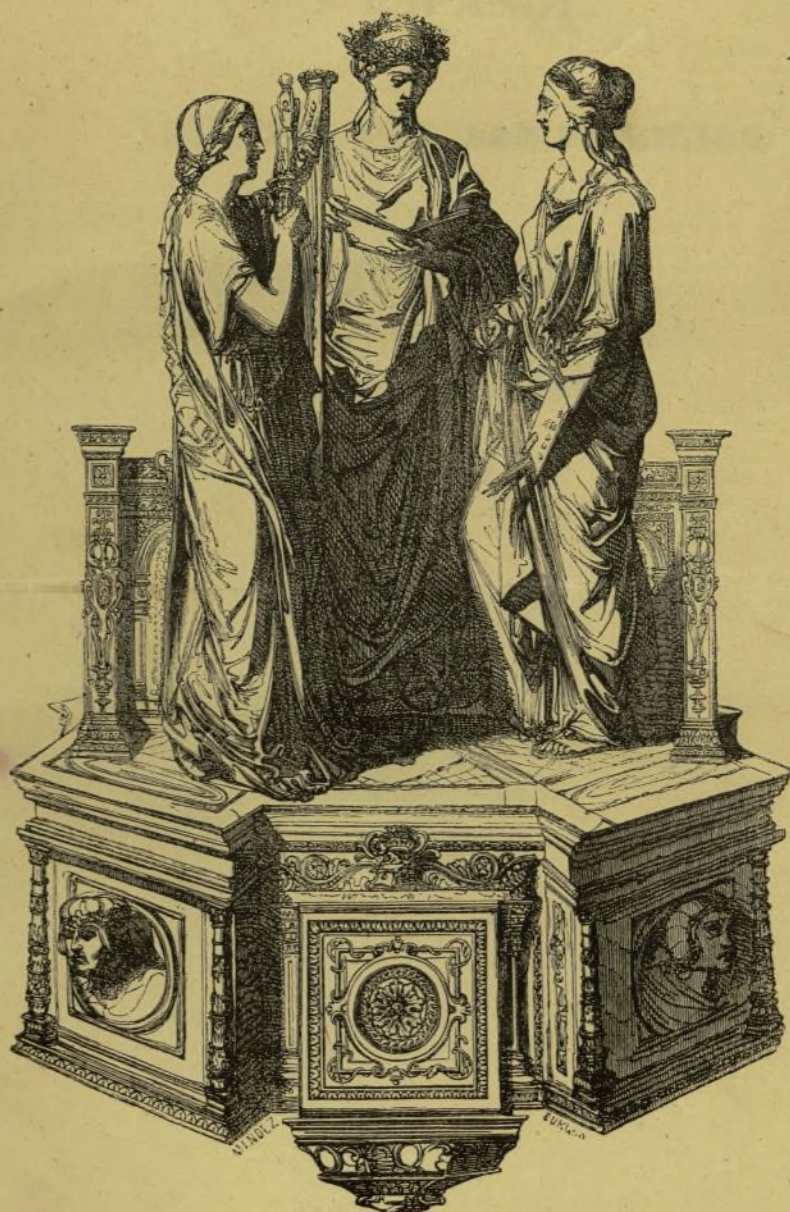


SEMANARIO PINTORESCO

ESPAÑOL.



MADRID.—1850.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION
A GARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO 26.

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1850.

MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCL.

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El Angel de la Guarda, pág. 1.—Isla de Cuba, por don E. Brabo, 10, 103, 233.—Santo Domingo el Real, por don J. M. de Egueren, 33, 41, 50.—Batalla de Pavia, 56.—Gran hospital de Santiago, por don R. Rua Figueroa, 58.—Bilbao, por don J. E. Delmas, 73.—El puente de Curzul, por don A. Neira de Mosquera, 125.—El Santuario de la Virgen de la Cueva, por don N. Castor de Caunedo, 137.—Casa consistorial de Lugo, por don J. Teijeiro, 146.—El templo de Santa Maria en Rioseco, por don V. Garcia Escobar, 162.—Palacios de Villena, 183.—Santander y Provincias Vascongadas, por don A. Esperon, 214, 218, 227, 233, 235, 260.—El castillo de Cañete de las Torres, por don L. M. Ramirez y las Casas-Deza, 220.—Una entrada de Arnedillo, 249.—Castillo de Oris, 272.—La cascada del Toja, por don J. Rua Figueroa, 292.—Paso del Ulla, por don J. Rua Figueroa, 297.—La muralla romana de Lugo, por don A. Neira de Mosquera, 313.—El sepulcro de don Inigo Lopez de Mendoza, 321.—El templo de Santa Cruz en Rioseco, por don V. Garcia Escobar, 337.—El templo de Santiago en Rioseco, por don V. Garcia Escobar, 353.—Las salinas de Cardona, por don L. Macia, 361.—Portada del convento de monjas de Santa Isabel de Granada, 369.—El panteon real de Oviedo, por don N. C. de Caunedo, 387.—La cueva de Andreuet, por don R. Salomon, 409.

ANTIGÜEDADES.

Arbol genealógico de las naciones primitivas, por don N. Castor de Caunedo, pág. 17.—De los oráculos entre los antiguos, 22.—Pilar árabe, 38.—Origen de la palabra seis, por don S. Catalina, 64.—Tradiciones hebreas, por don A. M. Garcia Blanco, 63.—Júpiter y Leda, 94.—Jarrones árabes, 101.—La Colada, por don A. Martinez del Romero, 116.—Historia de la letra de cambio, 134.—Adarga de la Armeria de Madrid, 201.—Antigüedades descubiertas en Hites, 223.—La edad media en España, por don J. Maria Pauli, 226.—La caza, por don J. M. Pauli, 241.—Mosaico romano en Lugo, por don A. Neira de Mosquera, 301.—Simbolismo de la palabra griega sol, 389.—Antigüedades, por don P. A. de Alvisu, 409.

BIOGRAFÍAS.

Sanchez Cotañ, pág. 5.—El venerable padre Cipriano Barace, 107.—La señorita doña Carolina Coronado, por don A. Fernandez de los Rios, 115.—Juan Gougon, 135.—Ali-Pachá, 161.—Fray Bartolomé de las Casas, por don F. W. Plaza, 163.—Don Juan Arolas, por don R. de Carbajal, 211.—Federico Soulié, 265.—Eugenio Gerardo Lobo, por don V. Barrantes, 266, 274.—Murillo, 281.—Esopo el Frigio, por don Vicente Barrantes, 318, 321.—Don Antonio de Acuña, por don L. M. Ramirez, 362.—Tomás Moore, por Fernan Caballero, 380.—El capitán Pedro Carrós, por don R. Salomon, 396.—Pedro el Ermitaño, 406.

HISTORIA.

Desafío célebre, pág. 44, 52.—Estudios históricos, por don L. Miquel y Roca, 85, 94, 98.—Naufragio de un navio de la armada titulada la Invencible, 143.—Cantores antiguos, por don A. Martinez del Romero, 171, 180, 186.—La batalla de Austerlitz, 217.—Tentativa de asesinato contra José I. de Portugal. Espulsión de los jesuitas, por don A. Gil Sanz, 251.—El rey depuesto en estatua, 289.—Cruzada de San Luis, 415.

VIAGES.

Una corrida de toros en Lisboa, por don N. Romero Ortiz, pág. 26.—Aguas Buenas y

Aguas Calientes, por don R. de Navarrete, 33, 77.—Pulpito de la mezquita de Barkauk en el Cairo, 41.—La cascada de Giessbach en Suiza, 49.—Fortaleza de Berthaume, 57.—La roca del Monge, 63.—Iglesia de Nuestra Señora del Folquat, 76.—Abadía de Holy-Cross, 89.—Nuestra Señora de Paris, 97.—La Santa Capilla, 121.—Guadalajara, por don V. Calvo, 169.—La ciudad de Elsenaur, 177.—La isla de Hong-Kong en China, 195.—Tremecen, 209.—Casa de la ciudad en Paris, 221.—Cuartel de inválidos en Paris, 244.—El museo de artilleria en Paris, 249.—Casa del alquimista Espagnet, 275.—Cascada de Luffen, por don C. Bernal, 277.—La mendicidad en Londres, 323, 331.—Un buque chino en Londres, 364, 372, 378.—El Niágara (carta inédita de J. M. Heredia), 370.—La fuente de San Juan del Dedo, 371.—Iglesia de Santa Radegunda en Poitiers, 277.—El castillo de Angers, 401.

CIENCIAS.

Memorias sobre la conveniencia de establecer por primero un meridiano distinto de los que hasta ahora se han usado, por don L. M. Ramirez y las Casas-Deza, pág. 143.

LITERATURA.

Introducción, por D. A. Fernandez de los Rios, pág. 2.—Los genios gemelos, por la señorita doña Carolina Coronado, 89.—La historia del géni, por don R. Rua Figueroa, 122.—Nota de las personas que intervienen en la historia de Don Quijote, por don R. Salomon, 129.—Resumen de las principales aventuras de Don Quijote, por don R. Salomon, 148.—Notas para la mejor inteligencia del paralelo entre Safo y santa Teresa, por la señorita doña C. Coronado, 178.—Contestacion á Madama Amelia Richard, por doña C. Coronado, 195.—Genealogias redactadas en el tiempo de San Fernando por autor anónimo, 283.

CRITICA.

Historia general de España, por don Modesto Lafuente, pág. 329, 345.—De la edicion-principe de la historia de España de Mariana, 351, 353.—Historiadores antiguos españoles, 375.

BELLAS ARTES.

La esclusa, cuadro de Turner, pág. 73.—La desesperacion de Judas, cuadro de don G. Hernandez, 81.

NOVELAS Y CUENTOS.

Dos desenlaces de un solo drama, por don P. de la Escosura, pág. 2, 12, 20.—Cuando el rio suena, por don P. de la Escosura, 28, 38, 47, 59, 67, 86, 103, 110, 118, 140, 156, 166, 174, 182, 190, 198, 203, 222, 250, 257, 245, 253, 261, 268, 278.—Del origen é invencion de los naipes, por el conde de Ramsault, 74.—El caballito discreto, por don J. de Ariza, 117.—Un quid pro quo, por Fernan Caballero, 202.—Los caballeros del Pez, por Fernan Caballero, 242.—La Reina sin nombre, por don J. E. Hartzbusch, 293, 302, 312, 315, 326, 333, 341, 348.—Las tres feas, por don J. Gimenez-Serrano, 298, 309.—Un cuento popular, un chascarrillo y un ejemplo, por Fernan Caballero, 337.—La limpieza de Burguillos, que lavaba los huevos al freíllos, por don J. Gimenez-Serrano, 363.—El Paraiso y la Peri, 379, 383.—Contienda entre el trabajo y la ociosidad, por don J. S. Milanés, 392.—El cuadro de la Chanfaina, por don J. Gimenez-Serrano, 394.—El Clavel de la Virgen, por don F. de Orellana, 396, 402.—El vendedor de Tagarnina, por Fernan Caballero, 411.

COSTUMBRES.

Una noche de máscaras en Villahermosa, por don A. Romero Ortiz, pág. 45.—La em-

pleomania, por don A. Esperon, 99.—¡Va un viaje! por don B. España, 102.—Un día de campo, por don F. Martin Redondo, 126, 134.—Las Alpujarras de Cameros, por don B. España, 133.—La casa de Tócame-Roque, por don A. Neira de Mosquera, 193.—La literata, por don A. Neira de Mosquera, 238.—Los préstamos, por don J. Gimenez-Serrano, 285.—El Buen Retiro, por don J. de Ariza, 287.—Yo en venta, por el bachiller Sanson Carrasco, 305.—El poeta lirico, por don L. M. de Larra, 366.—Madrid de puertas afuera, por don R. Rua Figueroa, 382.

POESÍAS.

Un cuento de amores, por don J. Zorrilla y don J. H. Garcia de Quevedo, págs. 5, 14, 29, 34, 61, 69.—Un pintor y yo, por Fray Gerundio, 23.—Las Odaliscas, por don Manuel Breton de los Herreros, 40.—Oda, por don R. M. Baralt, 82.—Oda, por don J. J. Cervino, 85.—El viajero americano, por doña G. G. de Avellaneda, 104.—La historia, por don F. Vila y Góiri, 128.—El amor de los amores, por la señorita doña C. Coronado, 156.—Aristo (éloga inédita) por don Alberto Lista, 158.—El Duende de Valladolid, por don A. Garcia Gutierrez, 151, 159.—Letrilla á Ursula, 171.—Dios y el hombre, por doña G. G. de Avellaneda, 206.—Mal sin esperanza, por don F. de la Iglesia y Darrae, 264.—En un album, por don F. Vila y Góiri, 272.—El ciego, por don J. Martinez Villergas, 304.—Poesias inéditas de Villamediana, 307.—Despedida de un teólogo, por don J. Guillen Buzaran, 319.—Sátira, por don M. Breton de los Herreros, 345.—Adios á la lira, por doña G. G. de Avellaneda, 360.—El pino y el granado (traducción inédita) de don J. M. de Heredia.—En el castillo de Salvatierra, por doña Carolina Coronado, 367.—Soneto, por don A. Alcalá Galiano, 392.—El diablo alcalde, por el bachiller Sanson Carrasco, 408.—El loco de la montaña, por don V. Barrantes, 412.—En un album, por don M. Breton de los Herreros, 413.

VARIEDADES.

La campiña, pág. 2.—Pureza, felicidad, 9.—La eleccion, 24.—Dignidad é impudencia, 25.—Las arengas, 32.—¿Qué es hermosa? ¿que es belleza? 52.—El tiempo, 64.—Los médicos, 64.—Dios te ayude, 64.—Pensamientos varios de un autor anónimo, 72.—El palo de Saucó, 80.—Los dos cercados, 80.—Símbolos de la amistad, 80.—Longevidad de los sábios, 80.—La semana de tres jueves, 80.—Los buenos modales, 80.—El hueso de cereza, 80.—Hospitalidad y sobriedad de los árabes, 87.—Sentencias y máximas, 87.—Consecuencias funestas de un rasgo de amor filial, 87.—Prerrogativa de las mujeres en Oriente, 87.—Los soldados de Turquía, 87.—Prudencia de un alcalde, 96.—Un buen criado, 96.—Napoleon y lord Byron, 96.—Las tres cualidades indispensables en una buena mujer, 112.—El arte de agradar en la conversacion, 112.—Una posicion difícil de conservar, 128.—Navio de guerra, 129, 132.—La interpretacion del evangelio, 144.—El niño de nieve, 152.—Temores de un marido, 158.—Profanacion, 168.—Sentencias y máximas, 168.—El pleito de los perros, 169.—Infancia, 176.—Una leccion de ortografía, 200.—La existencia de Dios, 216.—El soldado, 216.—El crepúsculo de la tarde, 224.—Reglamento interior del palacio de un rey de Inglaterra en el siglo XVI, 224.—La buena compañía, 232.—Las tres preguntas de Federico el grande, 240.—El alcalde de Reims, 240.—El cochero de Federico el grande, 240.—Luis XIV y el almirante Duguay Trouin, 248.—Chapelain

v Richelieu, 248.—El Tasso y el Ariosto, 248.—Recepcion de un embajador en constantinopla, 257.—Pensamientos relativos á las mujeres, 264.—El gobierno de una mujer, 280.—Milton y el duque de York, 280.—Sentencias y máximas, 280.—Inscripcion persa, 280.—El mausoleo de Federico el Grande, 280.—Diderot perplejo, 288.—Sentencias y máximas, 296.—Reserva en la opinion, 296.—Fox y los judíos, 312.—La sorpresa doble, 312.—Costumbres de los señores ingleses en el siglo XV, 314.—El labrantio nivernense, 314.—El casa-

miento, 320.—Orgullo de un banquero, 320.—El amor y la luna, 320.—Los hombres y las mujeres, 320.—Una sinceridad cruel, 320.—La herencia de la gula, 320.—La veleta, 320.—El portero esacto, 320.—El cuadrante, 320.—Riesgo de un marido, 320.—Ocurrancia feliz de una señora, 320.—Máximas provechosas, 336.—El criado prudente, 344.—El rey de Prusia y su médico, 344.—La baraja interpretada, 350.—La hilandera, 356.—La caza de la madre Harpina, 359.—El Misisipi, 368.—Rasgo heroico de un confesor, 368.—Astucia del car-

denal Mazarino, 368.—El aumento de familia, 368.—La gravedad, 368.—Divisiones de la ignorancia, 368.—El cochero de Feli-pell, 368.—El amor propio, 376.—La providencia, 384.—La verdadera educacion, 384.—Los tres problemas, 384.—La sombra de Aprigny, 385.—La estatua de la verdad, 400.—Dios y el Tasso, 400.—El soldado del rey de Prusia, 400.—Una espresion de San Vicente de Paul, 400.

HISTORIA NATURAL.

Costumbres de las abejas, pág. 147.—El océano y sus maravillas, 332, 339.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

La campiña, por Sierra, página 1.—Monumento por la primera misa celebrada en la Habana, por Letre y Redondo, 23.—Santo Domingo el Real, por Tomé y Burgos, 33.—Agua Buenas y Aguas Calientes, por Cebadera y Murcia, 37.—Pulpito de la mezquita de Barkauk, por Sierra, 41.—La Cascada de Giessbach, por Sierra, 49.—Fortaleza de Berthaume, por Sierra, 57.—Hospital de Santiago, por Pizarro y Redondo, 59.—La roca del monge, por Sierra, 61.—Bilbao, por Gimenez y Llopis, 76.—Abadia de Holi-Cross, por Sierra, 89.—Nuestra Señora de Paris, por Perez, 97.—Catedral de la Habana, por Letre y Severini, 103.—La Santa Capilla, por Lopez, 121.—El puente de Curzul, por Letre y Vilaplana, 126.—Un navio de guerra, por Cruz y Murcia, 129, 133.—La Virgen de la Cueva, por Letre y Sierra, 137.—Casa consistorial de Lugo, por Pizarro y Gimenez, 147.—Sepulcro de Ali Pachá, por Murcia, 161.—Santa Maria de Rio-seco, por Pizarro y Llopis, 163.—Elseneur, por Cruz, 177.—Los palacios de Villena, por Pizarro y Redondo, 185.—Toledo desde el circo máximo, por Pizarro y Robles, 186.—Isla de Hong-Kong, por Murcia, 185.—La Roca Tarpeya, por Pizarro y Llopis, 198.—Tremecen, 209.—Ruina de la isla de Ischia, por Varela y Redondo, 214.—Batalla de Austerlitz, por Vilaplana, 217.—Castillo de Cañete, por Pizarro y Sierra, 220.—Casa consistorial de Paris, 221.—Portales de Matanzas, por Pizarro y Sierra, 233.—Matanzas, 233.—Cuartel de inválidos, 243.—Entrada de Arnedillo, por Wiher y Burgos, 249.—Castillo de Guadamur, por Pizarro y Redondo, 260.—La catedral de Reims, 268.—Cascada de Lautfen, por Zarza y Burgos, 278.—Idem de Toja, por Pizarro y Sierra, 295.—Puerta principal de la Alhambra, por Pizarro y Llopis, 296.—Paso del Ulla, por Pizarro y Sierra, 297.—Ruinas del castillo de Polan, por Pizarro y Redondo, 303.—Muralla de Lugo, por Pizarro y Murcia, 313.—Sepulcro de D. Iñigo Lopez, por Pizarro y Redondo, 321.—Ruinas de la iglesia de Aunceray, 329.—El bosque, 332.—El templo de Santiago en Rioseco, por Pizarro y Redondo, 333.—Salinas de Cardona, por Pizarro y Paris, 361.—Buque chino, cuatro grabados, por Murcia y Sierra, 363, 373, 391.—Portada de Santa Isabel en Granada, por Pizarro y Tuban, 369.—Fuente de San Juan del Dedo, por Perez, 372.—Santa Radegunda, 377.—Castillo de Montrichard, 382.—Panteon Real de Oviedo, por Letre y Murcia, 388.—Habana, por Letre y Llopis,

395.—El castillo de Angers, 401.—Abadia de Noirmoutiers, 408.—La cueva de Andreuet, por Pizarro y Benedicto, 409.

ANTIGUEDADES.

Arbol genealógico de las naciones primitivas, por Letre y Gimenez, 17.—Pilar árabe, por Pizarro y Redondo, 38.—Batalla de Pavia, por Pizarro y Redondo, 36.—Circulo cabalistico, por Blanco, 66.—Dos jarrones árabes, por Pizarro y Redondo, 100, 101.—La Colada, por Benedicto, 116.—Cantores antiguos (7 grabados), por Gimenez y Llopis, 172, 173, 181, 187, 190.—Adarga, por Murcia, 201.—Sepulcro de Felipe I y Doña Juana, por Pizarro y Redondo, 204.—Idem de Fernando V y Doña Isabel, por Pizarro y Redondo, 205.—Antigüedades de Hitges (2 grabados), por Mugica y Redondo, 223, 226.—Dos armaduras, 251.—Casa del alquimista Espagnet, por Lopez, 275.—Mo-saico, por Pizarro y Llopis, 301.—Buque de ruedas, por Cruz, 381.—Simbolismo del sol, por Blanco y Tuban, 390.—Túmulos de Bougon, por Perez, 393.—Detalles sepulcrales, dos grabados, por Pizarro y Benedicto, 410.

ESCENAS DIVERSAS.

Ocho de un cuento de amores, por Vallejo, Severini, Gimenez, Coderch, Redondo y Murcia, 6, 14, 30, 31, 54, 65, 69, 72.—Un paseo por el mar, 85.—Naufragio de un navio, por Sierra, 145.—Recepcion de un embajador, por Carnicero, 237.—Destronamiento de Enrique IV, por Urrabieta y Burgos, 289.—Los placeres del invierno en Rusia, dos grabados, por Cruz, 350.—Pedro el Ermitaño, 406.—Cruzada de S. Luis, 413.

RETRATOS.

Sanchez Cotan, por Pizarro y Redondo, pág. 5.—Cristobal Colon, por Letre y Burgos, 11.—La señorita Coronado, por Vallejo y Burgos, 115.—Juan Goujon, por Perez, 153.—Don Juan Arolas, por Murcia, 211.—Franklin, por Murcia, 241.—Federico Soulié, por Lopez, 263.—Gerardo Lobo, por Pizarro y Redondo, 267.—Murillo, por Perez, 281.

TIPOS POPULARES.

Inconvenientes de embobarse mirando al prójimo donde retejan, por Urrabieta y Murcia, pág. 16.—Un jóven que promete, por Gimenez y Coderch, 24.—Una corrida de toros en Lisboa, por Pizarro y Murcia, 27.—La suerte del veterano, por Pineda y Severini, 46.—Encuentro á la vuelta de una esquina, por Gimenez y Gimenez, 48.—La caridad, por Perez, 112.—Mendigos irlandeses, por Varela y Severini, 144.—Alpu-

jarreños, por Benedicto, 136.—Una linea tirada con garbo, por Gimenez y Gimenez, 200.—Modo de pesar el carbon, por Gimenez y Sierra, 232.—El pobre, por Lopez, 264.—El ciego, por Zarza y Burgos, 304.—Encuentro de un acreedor y un deudor, 309.—Traje de pescador en Normandia, por Murcia, 311.—Dos grabados de costumbres, 324, 325.—Peligros de Madrid, por Gimenez y Sierra, 328.

BELLAS ARTES.

El ángel de la guarda, por Pizarro y Redondo, pág. 4.—La esclusa, cuadro de Turner, por Sierra, 75.—Interior de nuestra señora de Folgoat, 77.—La desesperacion de Judas, por Hernandez y Burgos, 81.—Júpiter y Leda, por Pizarro y Severini, 94.—Estatua de Carlos III, por Letre y Vilaplana, 106.—Virgen de la Concepcion, por Pizarro y Sierra, 248.—Estatua de Garcilaso, por Pizarro y Murcia, 280.—La infancia de Cristo, por Perez, 282.—La virgen de las Flores, por Perez, 283.—Muerte de Luis XI, dibujo inédito de Tonni Johanot, 348.—Bajo relieve, 400.

HISTORIA NATURAL.

La rosa, por Murcia, pág. 116.—La piña, por Murcia, 117.—Las abejas, por Murcia, 148.—Seis grabados para los artículos de marina, por Sierra, 332, 333, 340, 341.

GRABADOS VARIOS.

Pureza, felicidad, por Perez, pág. 9.—Dignidad é impudencia, por Sierra, 26.—Dos Angeles, 85.—El ángel de la guarda, 96.—Una posicion difícil, por Cruz, 128.—La primavera, 140.—Un final de plana, 160.—El pleito de los perros, por Murcia, 169.—El centinela, por Rodriguez, 184.—El labrantio nivernense, 314.—Un final, 320.—La hilandera, 357.—La caza de la madre Harpina, 359.—Un final, 384.—La sombra de Aprigny, 389.—Un final, por Espalter y Burgos, 409.

GEROGLIFICOS.

El gallo y la margarita, etc. pág. 32.—La muerte de los grandes hombres, etc. 64.—Arco siempre armado, etc. 104.—Calderon de la Barca, etc. 136.—Sobre lo que no nos toca, etc. 168.—La solucion, etc. 208.—Sé pulcro, etc. 240.—El amor conduce al hombre, etc., 272.—La valerosa caravela, etc., 312.—En boca cerrada, etc. 344.—A grande mal, etc. 376.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.--ENCICLOPEDIA POPULAR.



La Campiña.

6 DE ENERO DE 1850.

Ayuntamiento de Madrid

A LOS LECTORES.

Tócanos la honra de escribir por cuarta vez la primera página de un volumen del SEMANARIO. Pocas palabras debemos decir en esta ocasión, porque no gustamos de hablar mucho en estos casos, ni lo necesitamos. El público conoce el cariño con que miramos esta publicación, á cuya restauración y engrandecimiento hemos consagrado nuestras tareas hace algunos años. El ha hecho justicia á nuestra buena voluntad otorgándonos su indulgencia, y acogiendo cada día con mayor interés el SEMANARIO, que en la actualidad ha llegado á ser, no vacilamos en asegurarlo, la publicación de su género mas propagada en España. Lo que hemos hecho en los dos últimos años, es, pues, el programa de lo que haremos en el presente; cada uno ha marcado en nuestra publicación una serie de adelantos, una marcha progresiva que á primera vista se nota en nuestras colecciones. A medida que los elementos y los lectores aumentan, debemos nosotros acelerar el paso para aproximarnos á la perfección que admiramos en otros periódicos pintorescos del extranjero.

No es ya suficiente que hayamos desterrado completamente de nuestras páginas todo grabado debido á buril extranjero, que hayamos adquirido una vasta y distinguida colaboración con la cual, lo decimos con orgullo, no cuenta ningún otro periódico en España. La posición en que hemos llegado á colocar el SEMANARIO, nos impone deberes que sabremos cumplir, la acogida que alcanzan nuestros trabajos aumentan nuestra fe, y nos animan á redoblar los incesantes esfuerzos que estamos haciendo, para que esta publicación sea cada vez mas digna de la aprobación pública.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA CAMPIÑA.

¿Quién habrá que en una de esas horas de silenciosos ensueños, en que el alma se sustrae á los rumores del mundo, á las agitaciones de la vida, quién de nosotros habrá que no haya fijado muchas veces un pensamiento en alguna escena campestre reproducida por la memoria, ó creada por la imaginación? ¿Quién de nosotros no se ha trazado á sí propio su paisaje, cuadro ideal de la vida, cuadro movable y variable, según las diferentes circunstancias de nuestro destino, y las situaciones diversas de nuestro ánimo ó de nuestro corazón? Sea el que quiera el estado de nuestra fortuna, nuestra absorción en los disgustos materiales, ó los ensueños muchas veces mas tenaces, mas imperiosos de la ambición, no podemos eximirnos de la influencia de la naturaleza exterior, de esa naturaleza que por todas partes nos circunda, que, con sus armonías sin límite, hiere incesantemente nuestros oídos, atrae nuestras miradas, é inesperadamente se apodera de nosotros por el escitante recuerdo de las candidas emociones de nuestra infancia y las locas alegrías de nuestra juventud. Volvemos á ella después de haberla olvidado imprudentemente, después de un viaje hecho á la ventura, como al santuario en que brillar parece con todo su fulgor, el fuego sagrado cuya llama vacila y se debilita muchas veces en nosotros.

Esta naturaleza que nos rodea, nos la ha dado Dios como un maestro y como un consuelo, como una madre y como una amiga. Se halla ligada á la existencia del hombre; reproduce su imagen en el curso de las estaciones, mece al niño en medio de sus flores, adormece bajo sus verdes follajes las ardientes pasiones de la edad madura, abre en su seno una última morada al anciano. Vivimos con ella. A cada momento, nos sentimos atraídos hacia su seno ó instintivamente, ó por un impulso irresistible. Entonces, nos creamos en el seno de sus inagotables tesoros un asilo adecuado á nuestras sensaciones. Para algunos suele ser el bello ideal la casa blanca de Rousseau con sus verdes persianas, para otros uno de los lagos argentinos de Wordsworth: ya suspiramos por la isla solitaria ignorada y libre de Tomás Moore; ya por las espasiosas *steppes* cantadas por los poetas rusos; en nuestros días de amarguras soñamos en las sombrías cañadas de Salvator Rosa, en nuestros días serenos en los esplendores del Oriente.

Sin salir de las espesas paredes que constituyen nuestra mansión nos vamos en alas de la fantasía á través del inmenso espacio, buscando y admirando alternativamente ya las mas graves, ya las imágenes mas risueñas, aquí la mar con sus olas de azul y esmeralda, allí los austeros bosques del norte, ó las palmeras con sus racimos de sabrosos frutos sazonados por su ardiente sol, ó las cimas de las montañas cubiertas de hielos eternos. Si no le basta á los caprichos de nuestra imaginación con uno solo de estos cuadros podemos sin gran-

de esfuerzo hallarle complemento, agregar las bellezas distintivas de un país á las de otro, la pedregosa montaña al valle fecundo, y las obras de la industria humana á la naturaleza primitiva.

Nuestro grabado representa una de esas composiciones de paisaje en que el artista procura reunir en un mismo punto, y formando un armonioso conjunto, vistas estudiadas en diferentes lugares; por un lado la escarpada montaña ostentando en su cima como un nido de condor, una fortaleza, una ciudad inaccesible, después un inmenso puente cuyos colosales arcos atraviesan toda la extensión de un lago; al otro lado este mismo lago tranquilo, dorado por un rayo luminoso de luz, surcado por ligeras embarcaciones, sombreado por árboles magestuosos, además la solitaria colina, atravesada por dos frescas corrientes, el espeso césped, las abundantes plantas en que se hunden las vacas hasta el pecho, en que los pastores hablan ruidosamente sentados el uno al lado del otro.

No se busque en ninguna de las regiones del globo esta escena, no existe en parte alguna. En una obra de la imaginación inspirada por diferentes obras reales, una estrofa de Ariosto, una página de los cuentos del Oriente. Que la poesía, ha dicho uno de los maestros de la antigüedad, sea como la pintura! Esta vez se hallan reunidas la pintura y la poesía, si el dibujo que presentamos, puede tacharse de un tanto vago, también es preciso confesar que atrae las miradas y habla al pensamiento.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS. (1)

PRIMER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

I.

Soñamos reunirnos, y años hace por cierto, varios amigos en casa de un caballero de Madrid, á tomar café por las tardes, siendo pocas las que no se disputaba con harto calor sobre multitud de asuntos diferentes, y gracias al cielo, extraños todos á la política; porque nuestro huésped tenía prohibida la conversación sobre tan peligrosa materia. No recuerdo ahora el cómo, mas sí que nos engolfamos en una dilatada discusión sobre la preferencia que, en concepto de algunos de los circunstantes, merecían los pasados tiempos sobre los que entonces eran presentes; y, de argumento en argumento, de paradoja en paradoja, vinimos á hallarnos frente á frente con una cuestión capaz de arredrar á los mas profundos filósofos.

—Señores,—decía uno,—no hay que cansarse; los hombres son siempre los mismos; si nos parecen los antiguos mejores que nosotros lo somos, es porque la historia nos conserva los nombres y hechos de aquellos que, de una ú otra manera, descollaron sobre sus contemporáneos, mientras que las flaquezas de la multitud se pierden en el polvo del olvido. Pasiones tenían los romanos y vicios como nosotros; los soldados del Gran Capitán y de Hernán Cortés no valían ni mas ni menos que los del regimiento del señor....

—Perdóneme V. señor don Diego—replicó el oficial á quien se encaminaban las razones de este,—perdóneme V. que le interrumpa, pero no estamos en la cuestión. Que los hombres sean hoy en el fondo lo mismo que eran hace diez siglos, y que dentro de otros diez lo serán también, ni nadie lo niega, ni hay posibilidad de dudarlo...

—Estamos entonces de acuerdo,—interrumpió don Diego.

—Otra vez ruego á V. que me perdone; pero tampoco es eso. Dice V. que los hombres son siempre los mismos: en la esencia no tiene duda, porque no hay mano capaz de variar la índole de las obras del Creador; mas en los accidentes no, amigo mío, y mil veces no.

(1) Con este título va á publicar el SEMANARIO una serie de artículos que constituyen un trabajo emprendido hace años y en diferentes ocasiones por el señor Escosura, á quien las vicisitudes de la vida no siempre le han consentido dedicarse á las letras con la perseverancia que fuera de desear. En posición ahora de volver á sus aficiones literarias, nos asegura la continuación y conclusión de los presentes Estudios sobre las costumbres españolas, en las cuales hallarán, de seguro, nuestros suscritores, no solo amenísima lectura, sino que también, en el examen de la organización íntima de la familia, en la disección, digámoslo así de las pasiones del hombre, la solución de mas de un problema social, de los que la alta ciencia política ha dejado sin resolver. La presente novela apareció por vez primera en un periódico que se publicaba en castellano en París, y ha sido copiada en dos de Barcelona; pero como con ella están enlazadas las demás que componen el conjunto de los Estudios, nos vemos en la necesidad de reproducirla.

Nuestras pasiones son siempre unas, pero la manera de espesarlas y satisfacerlas varía con los tiempos, circunstancias y posiciones de los pueblos y de los individuos. Las causas constantes son, yo lo confieso, los efectos no solo variables y variados, sino muchas veces diametralmente opuestos entre sí. Los soldados de Hernán Cortés y de Gonzalo de Córdoba combatían con pesadas armaduras de hierro. ¿Imagina V. que los de mi regimiento pudieran hacer lo mismo? —Mal argumento, señor mío, si argumento puede llamarse, es una comparación de esa especie. De lo moral hablamos, que no de lo físico. Un hombre colérico, ahora como hace mil años, y mil años hace lo mismo que ahora, atropella por humanos respetos, maltrata á lo que mas ama y olvida hasta las leyes divinas. En una palabra, las cadenas de la civilización tienen mas ó menos poder, pero nunca tanto que resistan al constante esfuerzo de la naturaleza en ellas prisionera.

—Ni aun en eso concedo: la cólera misma se manifiesta de distintas maneras segun los climas que los pueblos habitan y la civilización que alcanzan.

—Algo hay de cierto en lo que dice Alfonso, —interpuso tomando entonces parte en la conversacion el amo de la casa, persona á quien por sus años, instruccion y bondadoso carácter, escuchábamos todos con deferencia, y que por su parte, ya fuese por no abusar del privilegio que se le concedía, ya por no perder el prestigio de que gozaba, solia rara vez bajar á la arena de las discusiones. —Algo hay de cierto, señores, en lo que dice Alfonso; ó por lo menos así me lo parece. El origen y tal vez el objeto de las pasiones son siempre unos: su marcha y resultados suelen variar á lo infinito. La vanidad, por ejemplo, se contentaba hace dos siglos con una venera de Santiago ó de Calatrava....

—Pero señor, —esclamó don Diego, —hablamos de pasiones.

—¿Y no lo es la vanidad? —preguntó nuestro huésped: —pero sea como V. quiera; dejemos á parte la vanidad, y ponga V. mismo otro ejemplo.

—Mil; un millon; los que V. quiera.

—Uno pido y me basta.

—Lo difícil está en la eleccion; porque la venganza, el amor, los celos, así de la muger como de la honra, son pasiones en que difícilmente me probará V. que influyan otras circunstancias que las del carácter individual.

Quedóse un tanto pensativo el amo de la casa, y nosotros mirándole con atencion todos, curiosos los mas, é inquietos algunos que en la discusion habian tomado parte. Alfonso, que jóven y vehemente, era de aquellos que por cualquier niñería hacen campaña *la iglesia*, tenia mas que trabajo en contenerse viendo la sonrisa triunfante de don Diego, quien, creyendo haber vencido al entre nosotros invicto campeón, solo por cortesía no cantaba victoria en altas voces: mas al segundo, al primero y á todos, nos sacó de nuestra preocupacion el anciano, volviendo á tomar la palabra, y diciendo de esta manera:

—Como creo que mientras discutamos en abstracto no haremos mas que cansar inútilmente los pulmones, ruego á V., señor don Diego, que si no lo ha por enojo, se siente, encienda su cigarro, tome una taza de ese café que corre riesgo de enfriarse, y me oiga de paso dos historietas no muy largas. Cosas de viejos, señores... cuentos: pero que vienen aquí como de molde. Además la tarde está lluviosa y por consiguiente el Prado desierto: son Vds. míos y voy á abusar de mi poder.

Sentámonos todos alrededor de una muy buena chimenea francesa, sirviéronnos un excelente café de Moca, circuló un cajon de habanos y en pos de él un brasero de maciza plata; y por fin, en medio de una densa nube de humo de tabaco, como Moisés rodeado por las nieblas del monte Sinai, empezó su relacion nuestro oráculo y Nestor.

—Allá en los tiempos de Carlos I, amigos míos, y en un pueblo de Andalucía cuyo nombre importa poco, vivía retirado á un su castillo cierto noble de edad como de cincuenta años, recia condicion, severo aspecto, pocas palabras y excelentes puños. Mal cortesano por naturaleza renunció á seguir al emperador así que sus heridas combinadas con los achaques de la vejez, siempre para los soldados prematura, le inhabilitaron para el servicio de campaña; y entonces, como ya he dicho, se retiró al castillo que su padre conquistó á los granadinos moros. Don Rodrigo, que así se llamaba el castellano, pasó algunos dias en aquel retiro entretenido en ver sus tierras y cortijos; luego cazó liebres, y conversó por las noches con el cura de la aldea inmediata; y por último, despues de acabar á palos y puntapiés con sus galgos, y de escandalizar al cura con sus soldadescas interjecciones, quedóse completamente aislado y aburrido. Ni la ocasion consiente, ni yo tengo datos para decir á VV. todas las varias, descabelladas é inútiles tentativas que hizo el buen caballero para pasarlo bien donde, atendidos su carácter y antecedentes, no podia

menos de pasarlo mal: pero fácil es de imaginar que de la elevada roca, sobre la cual, como nido de ave carnífera, estaba su solar y fortaleza, bajaria al vecino valle cual de los altos montes descendiendo con estrépito, salvando precipicios y arrollando peñascos, el torrente impetuoso á los tendidos llanos, que tambien deja despues para ir á perderse en la inmensidad de los mares. Quiero decir, bajando el tono, que buscaria la felicidad pasando del monte al llano, con tan poco fruto como de unas en otras situaciones la buscamos todos en este pícaro mundo. Veásele, segun la tradicion refiere, ya á pie, melancólico y cejijunto, en las márgenes de los arroyos, descabezando adelfas y tronzando cañas, como si fueran herejes alemanes, hasta que, con los últimos rayos del sol moribundo, se retiraba á su albergue, ya á pie con melancólico paso, ya á caballo galopando al borde de los escarpados precipicios, con mas visos de fantasma ecuestre que apariencias de humano ginete. En fin, durante algunos meses fué su vida tal, que si en cabeza de un cristiano pudiera entonces entrar la idea del suicidio, es posible que don Rodrigo pusiera término á su aburrimiento con apretarse la garganta hasta hacer imposible la respiracion.

Es de advertir que nuestro don Rodrigo así sabia de letras como nosotros de alancear moros, y que por lo tanto, fuera de oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, y de confesarse una vez cada dos ó tres meses, cuando no cazaba ó daba de palos á algun gañan poco avisado, sus ocupaciones se reducian á estarse mano sobre mano á solas con su mal humor; porque sociedad, ni él la buscaba, ni tenia maneras para encontrarla.

Si embargo, acontecióle ver en misa á una doncella de noble linaje, escasa fortuna, buen parecer, y modestos ademanes, que abrió brecha, sin que él mismo supiera cómo, en su empedernido corazon; y ya desde entonces la vida empezó á parecerle posible, aun fuera de los campos de batalla.

No se asusten Vds., amigos míos, que no voy á referirles lance por lance los amores del adusto guerrero: ellos fueron pocos y yo los diré sucintamente. Parecióle bien la dama en el primer domingo; esperóla al salir de misa el segundo, y supo donde vivia; repitió el tercero la misma operacion y averiguó, por medio del cura y valiéndose de las mismas astucias que acostumbraba á emplear interrogando á los desertores del enemigo, que su bella se llamaba doña Leonor, y que era hija de una viuda, noble y pobre; al cuarto domingo se personó con la madre de la niña; el quinto se corrió la primera monestacion; y el séptimo recibió la bendicion nupcial.

Leonor era alegre como un gilguerrillo en los primeros dias de primavera, risueña como la aurora, impresionable como la sensitiva, apasionada como andaluza: don Rodrigo, ya les he dicho á Vds. lo que era. Unir al milano con la paloma fuera mejor que á la linda doncella con el áspero soldado: pero la miseria de la viuda, y el deseo de su hija de tener marido allanaron todas las dificultades. Verificóse, pues, como ya he dicho el matrimonio á despecho de la diferencia de edades y de condiciones; y no necesito decir á Vds. que dos años despues eran entrambos esposos los seres mas desgraciados que es posible imaginar. —Veo la sonrisa en los labios de Alfonso, y pareceme adivinar su pensamiento. ¿No es cierto, amigo, que allá en sus adentros está V. diciendo que siendo jóven, hermosa y discreta, no debian de faltarle consuelos eficaces á la esposa de don Rodrigo?... Por desdicha ni entonces dejaban, ni ahora dejan las mujeres de hallar á mano esos que imaginan consuelos, y que si por un momento satisfacen su ofendida vanidad, es para cubrir de infamia á sus maridos, á sus hijos y aun á ellas mismas... Vuelvo á mi cuento. —Si, Alfonso: tambien habia mancebos barbilindos y galanteadores en tiempo del grande Emperador, y tambien entonces imaginaban algunas mal casadas que la mejor manera de mitigar las penas que á veces empoznan el hogar doméstico, era el de hacerse la fábula y escarnio de las gentes... En resumen, un galán favorecido por la naturaleza con cuantas dotes faltaban á don Rodrigo, emprendedor como Pizarro, astuto como Ulises, perseverante como un avaro, y tan flexible en sus maneras, como obstinado en sus propósitos, logró hacerse amigo, segun costumbre, del marido, y algo mas que amigo de la mujer. —De todo el mundo tenia celos don Rodrigo, menos de Sancho, que tal era el nombre del dichoso amante; y precisamente desde que su honra naufragó, viendo á Leonor dulcificar su lenguaje y modales, tener complacencias hasta entonces inusitadas, en una palabra, mostrarse dócil, sumisa y aun cariñosa, llegó á imaginar el buen señor que habia logrado conquistar el corazon de su consorte. Y aquí diré, aunque sea para abonar la opinion contraria á la que sigo, que esa súbita variacion en la conducta y procederes de las esposas, ese pasar de la indiferencia ó tal vez del aburrimiento á la dulzura, cuando no al cariño, es y ha solido ser constantemente funesto sintoma de infidelidad. Por dicha el amor propio hace que los maridos atribuyan á su mérito y autoridad lo que solo deben á su desgracia; y así ellos viven tranquilos y satisfechos, y las damas sacan partido

de un espediente que, por conocido y antiguo, debiera serles de poco provecho.

Mas de un año duraron los adúlteros amores sin que ni la sombra de una sospecha emponzoñase la tranquilidad del esposo, ni el asomo de un recelo turbára las delicias de los culpables. Sancho, establecido en el castillo como si de la familia de sus dueños fuese, era el árbitro de los placeres de don Rodrigo y el acompañante de oficio de doña Leonor. Los criados, con ese tino que su posición servil les dá, con ese tino que mas de una vez es causa de que el esclavo sea en realidad soberano de su dueño, se granjeaban la protección de su señora sirviendo con particular esmero al favorito; y si en cambio en la cocina comparaban mas de una vez con burlona sonrisa las despeinadas canas del castellano con la perfumada y negra cabellera de su inseparable amigo, cuidaban empero de que sus amargas chanzas no subieran nunca las escaleras que, del piso bajo conducian al principal.

La ventura y prosperidad suelen á veces inspirarnos peligrosos confianza, y aquellos que mientras se ven en riesgo notorio, desplegan un vigor, se conducen con un aplomo y destreza capaces de hacer frente á todo género de calamidades y de salvar cuantos obstáculos se les oponen, suelen ser precisamente los que, una vez persuadidos de que triunfaron, caen con mayor facilidad en los infinitos lazos que la suerte nos tiende. Así aconteció á nuestros amantes, que pensando con la posesión de su dicha habérsela asegurado para siempre, comenzaron á dejarse arrastrar por la inclinación natural que todos tienen á hacer gala del san Benito; y tanto y tal hicieron, que ni bastó la venda que cubría los ojos de la víctima, ni bastaron las tinieblas del Averno para que dejara de sospechar su desventura.

Haber hecho de la vida un continuo sacrificio á la honra; haber corrido mil veces á la muerte, sufrido el hambre, el frío, la miseria, solo por añadir un timbre á los heredados blasones; verse cubierta la cabeza de canas, acribillado el cuerpo á balazos, viejo antes de tiempo, y todo porque en la losa sepulcral se leyera un día: «Aquí yace un caballero que vivió y murió honradamente;» — y cuando ya la tumba se preparaba á recibirle, perder el fruto de tantos sacrificios, mirar la infamia sobre sus canas y nombre, solo por la flaqueza de una mujer... ¿Se estremera V., Alfonso? ¿La sangre colora ese rostro en donde todavía la vejez no ha impreso la primera arruga?... Justa y noble indignación: pero no olvide V. que todos los días, todos y en todas partes inmolan nuestras malhadadas costumbres, si costumbres son, la honra de una familia á la vanidad de un seductor, ó al capricho de una coqueta.

Nosotros, observadores imparciales y desinteresados, deplorando el extravío de Sancho y Leonor, quizá seríamos indulgentes con la pasión sincera y vehemente de entrambos; quizá, y sin quizá, le disculparíamos á él en gracia de lo irresistible de la tentación; y quizá también perdonaríamos á la culpable considerándola jóven, hermosa y sensible, entregada á manos de un hombre brutal, grosero, incapaz de comprenderla, mas incapaz aun de interesarla: pero don Rodrigo, como todos los hombres, cerraba los ojos á sus propios defectos, y los abría á las ajenas culpas. Bajo la grosera corteza y rudas apariencias del antiguo soldado, se ocultaban un corazón vehemente, una energía, una violencia de pasiones comparables solo al fuego subterráneo, que oculto en las entrañas de áspero monte no dá señales de su existencia hasta que, rompiendo un día todos los diques, arroja á distancias inmensas, y convertidas en ardientes rayos, las heladas piedras que por siglos reposaron inertes sobre la cima de la montaña que le sirvió de cárcel. Sin embargo, los años, su natural reserva, la costumbre de luchar esperando siempre el momento propicio en que una flaqueza del enemigo asegurase la victoria, y mas que todo la natural repugnancia que todos tienen á creer que la mujer en quien depositaron su honra es indigna de tal confianza, todos esos motivos juntos le decidieron á contenerse y disimular por algun tiempo.

Poderosas son las causas que acabo de enumerar, y mas que suficientes sin duda para que no se precipitase don Rodrigo; pero otra de mas peso tuvo, y conviene no pasarla en silencio. No olvidemos la época. Todavía entonces, aunque próximo á desaparecer, reinaba en la sociedad en general, y mas particularmente entre los nobles y soldados, el espíritu de la antigua caballería, la cual, entre sus máximas fundamentales, que ahora no debo ni calificar ni discutir, contaba la de que ofensas que interesaban al honor con la sola sangre de los ofensores podían lavarse. ¡Estraña contradicción del espíritu humano! Los mismos hombres que al pecho llevaban siempre, y que por pendon tenían la cruz del que espiró pidiendo misericordia para los que bárbaramente le inmolaban, esos mismos, digo, se creían obligados á quitar la vida al mejor de sus amigos si una vez sola les faltaba á la mas pequeña de las atenciones á que por su categoría tenían derecho! — Como quiera que sea, don Rodrigo creía, como en la existencia del Omnipotente, que al darse por entendido del agravio que con sobradas razones sospechaba, iba á pronunciar dos sen-

tencias de muerte; y si vengarse de un rival, si privar de la vida á un hombre que mortalmente le ofendía, no era razón para detener á quien durante treinta años hizo profesión de dar muerte á guerreros que ningún mal le habían hecho, y solo porque militaban bajo distinta bandera de la suya; si castigar, en fin, á Sancho, no podía ser difícil ni trabajoso para el airado castellano, herir al mismo tiempo á Leonor costábale inmensa repugnancia y hasta espanto le causaba. Así, amigos míos, arranca el labrador con presteza los cardos que entre el trigo crecen; pero antes de hacer lo mismo con las azules bellisimas florecillas que también roban á la dorada espiga los alimenticios jugos, contéplala como entermecido y tal vez vacila su encalecida mano al tronzar el tierno vástago.

Desde que don Rodrigo concibió la primera sospecha hasta el desenlace del drama que voy refiriendo, aparentemente continuaron las cosas en el castillo bajo el mismo pie que antes lo habían estado: pero en la esencia variaron las situaciones y trocáronse los papeles. Si digo que primero era el marido respecto á los amantes, lo mismo que un gobierno contra quien sigilosamente se conspira, juguete de los conspiradores; y después los amantes, conjurados cuyo secreto posee la autoridad, tolerándolos por algun tiempo solo para acertar con mas seguridad el golpe mortal que les prepara, creo que esplico claramente las situaciones respectivas. Y tanto mas exacta es mi comparación, cuanto que en el siglo en que sucedió el caso que refiero, era el marido con respecto á su muger autoridad soberana. Recuerden vds. que no trato de improvisar una novela, sino de examinar la influencia de las épocas, circunstancias y estado de la civilización en las pasiones; y llevarán en paciencia la prolidad con que analizo un suceso desdichadamente harto repetido.

Aquí llegaba nuestro buen Anfitrión con el discurso de su historia cuando la campana del reloj de sobremesa anunció estrepitosamente la hora del teatro. Dábase aquella noche en el del Príncipe una ópera entonces á la moda, y todos habíamos convenido en asistir á su representación: interrumpióse pues, el cuento, aplazándolo para la tarde siguiente, y yo también daré aquí treguas á la pluma y descanso á los lectores.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



EL ANGEL DE LA GUARDA.

Esta bella escultura de gran mérito, sin duda alguna, es de mármol blanco de las canteras de Mácael; unos la atribuyen á Mora, y otros con mas fundamento á Mena Medrano.

Esta estatua estaba colocada en un nicho sobre la puerta del convento de monjas del Angel de Granada; en 1856 fué llevada á los salones del museo provincial, de donde se trasladó al poco tiempo á la

sala de juntas de la academia de Nobles Artes. Allí la copiamos, aprovechando el buen efecto que hacia sobre ella una luz de 45 grados que entraba por una lucerna elevada de la misma sala, que antes fué biblioteca de los padres dominicos.

El tosco pedestal sobre el cual se halla colocada no es suyo.

Tanto por la perfeccion del desnudo, como por el buen gusto en la colocacion y movimiento de las ropas, esta escultura pudiera colocarse al lado de las mejores de la antigüedad.

Sobre todo, es notable la nobleza y la propiedad de la actitud.



SANCHEZ COTAN.

Lego cartujo y pintor granadino, célebre por la perspectiva y colorido.

El claustro principal de la Cartuja de Granada estaba lleno de sus pinturas. En el testero del refectorio se vé todavía una cruz al fresco, obra suya, que es la admiracion de los inteligentes naturales y extranjeros.

En las capillas situadas al pié del coro habia dos cuadros suyos, y otros cuatro de la Pasion en el cuerpo de la iglesia.

No tenia rival en la perspectiva.

En el museo provincial, situado en el estinguido convento de Santo Domingo, se conservan los siguientes lienzos de Cotán: — En el salon de *profundis*, ocho; en el salon llamado de las Galerías, diez; en el salon último, diez y ocho. Casi todos representan pasajes de la historia de la orden, y entre ellos se distingue el martirio de los monges, durante la persecucion que sufrieron en Inglaterra.

En uno de estos cuadros, y confundido con los otros religiosos, se vé el retrato de Sanchez Cotán, hecho por él mismo, y de allí lo hemos copiado.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Velloodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza
Una legua tierra adentro
Cierta iglesia solitaria

Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es así: pues del cerro
En la contrapuesta falda
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético
Aunque no está en ningún mapa
Ni se lee en ninguna historia:
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañuelas enanas;

Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sauces
Que en los arroyos se bañan
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué: en los dinteles
De sus roidas portadas
Conserva aunque ya borrados
Sus nobles escudos de armas.
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se ve la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,

Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas
Que ocuparon algún día
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban.
Hoy sirven los aposentos
De graneros: sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas: lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque, las zagalas;
Y en las verbas, que á las flores
Que dió algún día reemplazan,
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al son de un harpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viagero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.
Y aunque de feudal grandeza
no escita memorias altas,
Ni bien del decimo-sétimo
Siglo, la noble arrogancia
Casi recuerda, los ojos
Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita
Que deleitan si no encantan.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas.
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcazar
Risueño paisaje á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo pues aunque escaso en númen,
Y pobre asáz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas:
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me la imagino
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla,
De la centuria pasada,
Del tiempo de D. Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisaje
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas:
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la fama
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadrada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entreteuer un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galán la tardanza.

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celages
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertía en rayos oblicuos
La tibia luz de la tarde

Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pie el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no apriesa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del día
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles.
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follage,
Le despedían con trinos
Y con gorgoros las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages,
Mecia las verdes hojas
Con harmonia agradable.
Del pastor que recogía
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su son ronco y salvaje,
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes,
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El son de los esquilonas
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol transparentándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona,

A este campestre paisaje
Dan harmonia tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el fanal errante
De la luna en su creciente
Fué poco á poco animándose.
El aun incompleto círculo
De su misteriosa imagen
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa
Y el aura purificándose
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cállices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del Palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro
Y hácia el lugar acercándose.
A la puerta del Palacio
Que sobre la senda cae,
Una muger en silencio
Le contempla aproximarse.
Bajó el viagero la cuesta
Y el bruto en lo llano hallándose
Alzó relinchando el trote
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta y mirándose
Frente á la muger que en ella
Seguia inmóvil mirándole,
La dijo en tono cortés
Ligeramente inclinándose:



«¿Podeis hacerme merced,
Buena muger, de indicarme
Alguna casa en que quieran
Por esta noche hospedarme?»
La muger que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: «no será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedaje
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.»
—«Flora dijo adentro una voz,
Y ella dijo—«aquí estoy padre.»
¿Quién es? preguntó el de adentro.
—Un forastero.

—¿Qué trae?
—«Mucha fatiga, y un poco
De plata que acaso alcance
Para pagar de esta noche
Si le encuentra el hospedaje.»
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo al de adentro
Dirigiéndose y no en valde:
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle.—
«Caballero, pues por tal
Os da vuestro porte y traje;
Aquí no hay posada alguna
Dó os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad: mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.
—«Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa y la aprecio
En todo cuanto ella vale.
Y así diciendo el viajero
De su caballo apeándose,
Entró en la casa, el anciano
Hacia las cuerdas guiándole.
Mostróle un pesebre y heno
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A densillar el potro
Comenzó atento á ayudarle.
Mas no era el recién llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.—
Agradecióselo el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
De el potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le hechó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Carñosamente dándole,
Volvióse al anciano huesped
Diciendo—«cuando gustares.»
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño
Dijo alto; ¡quieto, Brillante!
Y tomó la ancha escalera
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Después que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,

Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta
A través de cuyos quicios
Se veía luz; y abriéndola
Ante el mozo, «entrad, le dijo,
Haciéndole reverencia.—
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpia mantel la cubria,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan que aun humeaba.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillón de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillón
Que el viejo se siente espera.
Mas este hacía el caminante
La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oración secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un gayán con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera
Que juntos sus personajes
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientras ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su exterior todavía
Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta.
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguilena,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osalía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Proligamente declaran

Su noble sangre y riqueza.
La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En qué de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello en cuya piel suave
Y blanca se transparenta
El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestre
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea.
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personajes
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

EL VIEJO.

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO.

Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

EL VIEJO.

Pesares ó fantasías
Veo, ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enagena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina
Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta.
Y hay ideas que los mozos
En su corazon engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Troveis en rudas peñas.

EL FORASTERO.

Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la esperiencia.
Mi alma aunque en cuerpo de mozo
Escucha siempre y respeta
De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma de pasión agena
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.

Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.—

EL VIEJO.

Antes de que la empezeis,
Tomad caballero en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conocéis apenas

EL FORASTERO.

No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza.—
Hácia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez

EL FORASTERO.

Señor:

Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confianza
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra.—
Hablaré, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO.

Yo os agradezco buen jóven
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.—
Diciendo así, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aun
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo «os escucho» y el otro
Empezó de esta manera.

Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mío:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlos ni encarecerlos
A Francia que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y á donde gloriosamente
El rey Luis catorce impera;
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas tarás,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi experiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho
Refí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera

Do quiera en aquel país
Halla sazón de contienda.
Por fin con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras
Di vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega
Recibíronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viages
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mi vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito
Y el mímico de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
de sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.
Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre regia
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afanes del porvenir,
Y con lo futuro sueñan;
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una mujer
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa;
Partir mi amor respetuoso
Mi favor y mi opulencia
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio tragara.
Vi pues que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
Causa de alguna vergüenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarne la excelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afán víctima nécia;
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia;
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad
Y la razón tal demencia.
Esta es mi historia señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco

Muger que doble mis rentas;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya
Muger virtuosa quiero
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y convicción defienda;
Muger quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera
Si tal no la hallo, la vida
Así en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

EL VIEJO.

Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas,
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.

EL FORASTERO.

Dejad buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

EL FORASTERO.

Quédese aquí.

EL VIEJO.

Aquí se quede;
Mas para que no os parezca
Que correspondo menquizo
A la confianza vuestra
Os diré en cuatro palabras
mi historia.

EL FORASTERO.

Jamás hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.

EL VIEJO.

Os comprendo; habeis notado
Que hay en mi cierta extrañeza,
Que con mi ser de labriego
Casa mal y se despega;
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena,
Mas no: mi historia es sencilla
Y de asombros tan agena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os cansé se deja.
Y aquí cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en esta
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

(Continuará.)